

TEATRO ECONÓMICO.

FUNCION N.º 1.



DON JUAN TENORIO

Ó EL

NUEVO CONVIDADO DE PIEDRA.

PRIMERA PARTE.

Don Juan Tenorio era el hombre que en Sevilla más se hablaba, por los años que reinaba Cárlos V, Emperador.

Valeroso cual ninguno era D. Juan, mas sin ley, sin creencia en religion, sin tener á Dios ni al rey.



Cuando un jóven compañero
llamado D. Luis Mejía,
apostaron cierto dia
ser más célebres los dos;
quien al año trascurrido
hiciera sin pena alguna,
mas daño con más fortuna,
quedaba por vencedor.

Llevóse en efecto á cabo
tan temeraria propuesta,
y en la sacrilega apuesta,
Don Juan Tenorio venció.
Para demostrar que siempre
es su fortuna propicia,
«yo robaré una novicia,
dice: y á un amigo su amor.»

A doña Ana de Pantoja
el mozo D. Luis amaba,
y á Inés de Ulloa, adoraba,
Tenorio con efusion.
En un convento la tuvo
á la hermosa Inés, su padre,
porque el mundo no taladre
su virginal corazon.

Porque Tenorio no cumpla
lo que prometió en la fonda,
Don Luis avisó á una ronda
que á poco lo sujetó.
Mas como nadie le gana,
su sutileza es bastante,
otra patrulla al instante
á D. Luis tambien prendió.

Presos los dos estuvieron,
pero pronto se libraron
con el oro que mostraron
que es el padrino mejor.
Y en aquella misma noche
que tuvieron la entrevista,
Don Juan por fin la conquista
de doña Ana consiguió.

Tambien pudo á poco rato
del todo lograr su intento,
robando á Inés del convento
lento de orgullo y amor.
Don Gonzalo sabe al punto
el rapto y se desconsuela,
pero animándose, vuela
á buscar; halló al raptor.

Don Juan, el hombre que á nadie
su frente jamás humilla,
vedle hincando una rodilla,
delante del Comendador;
Tenorio, el hombre temible,
el hombre nunca insaciable,
metamórfosis notable
causa en su alma el amor.

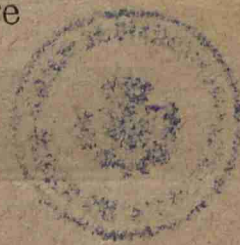
¿Mas por quién tal hombre siente
esta súbita mudanza?
por Inés, que es su esperanza,
por Inés que es su ilusion:
por ella al punto apartara
sus pasos del precipicio
que tan ciegamente el vicio
años ha lo sumergió.

Al de Ulloa, por esposa,
la pide con entusiasmo,
pero el reproche y sarcasmo
tiene por contestacion:

«¡Vos respondeis de mi alma!»
le dice al ver que le insulta,
y una bala le sepulta
Tenorio en el corazon.

El mozo D. Luis Mejía
con importuna entereza,
le echa en cara su flaqueza
que lo vió en su humillacion,
pero Tenorio no es hombre
para irónicas cuestiones
y así cortó sus razones
con la estocada que dió.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.



R: 18.528

SEGUNDA PARTE.

Un lustro transcurrió, cuando á Sevilla
El mísero D. Juan volvió de incógnito;
Un lustro transcurrió, aun con semilla
Del vicio que sembró en su corazon:
Y en noche que tal vez nunca alumbrara
Con tanta claridad el astro pálido,
Como si oculto sér lo encaminara,
Sus pasos dirigió á triste mansion.

El fúnebre lugar en donde lácio
Osténtase el lloron y el sauce místico,
En tiempo mas feliz era un palacio
Del padre de D. Juan que allí vivió;
Su hacienda al espirar dejó al que hiciera
Soberbio panteon para las victimas
Del génio destructor de aquella fiera
Que de su orgullo en vez, fué su baldon.

Allí el Comendador de Calatrava
De rodillas se vé sobre su féretro,
Allí tambien el mármol retrataba
Su hija, doña Inés, muerta en su flor.
Tenorio al conocer á su adorada,
Sintió desfallecer todo el espíritu,
Y estraña sensacion no acostumbrada
En hombres como aquel, lo dominó.

La frente reclinó sobre la losa
Que oculta de su amor el cuerpo exánime,
Y una lágrima asaz triste, angustiosa,
El rostro de aquel hombre humedeció:
—«Deja que riegue, Inés, tu sepultura
Con llanto de dolor tu amante mísero,
Que si á tí te mató su desventura
Tu padre asesinó su corazon.»

De este modo exclamó D. Juan Tenorio:
A poco se esparció vapor fantástico,
Y abandonando el lecho mortuorio
La *Sombra* de su Inés aparació:
—«Escúchame, D. Juan; vengo á mostrarte
Que vivo para tí, pues Dios benéfico
Tal gracia me otorgó para salvarte
Al ver que te adoré con ciego amor.

»Esta noche sin más tu vida cesa,
Acaba, pues, de ser D. Juan, incrédulo,
Recobra la razon, á Dios confiesa,
Que así salva á los dos tu sumision.»
La *Sombra* y el vapor se disiparon...
Tenorio se quedó como los mármoles
Y á sus antiguos camaradas que llegaron
A la luna achacó su alteracion.

Para probar que aun su instinto malo
Conserva su vigor, con voz sacrilega
A la estatua así habló:—«Hoy, D. Gonzalo,
Te convida á cenar tu matador.»
Dios quiso castigarlo en este punto,
Dando vida y accion á Piedra inmóvil;
Así el Comendador siendo difunto
Al convite asistió sin dilacion.

De asombro se llenó D. Juan por cierto
Al verle penetrar por la pared sólida.
—«Aquí me tienes ya... (dícele el muerto)
En cambio ahora te convidó yo.»
Horroroso en verdad fué aquel convite...
Mil espectros y mil de aspecto lúgubre
Le cercan en redon, que por desquite
De toda su maldad le dan pavor.

—«¡Perdon!... perdon, mi Dios... en tí ya creo,
Mi vida sin par, atroz maléfica.
¡Perdon!... perdon, mi Dios... ahora lo veo...»
El misero D. Juan, así exclamó:
—¡Ya es tarde! ¡no hay perdon!... el muerto dice:
—No es tarde, que acudió á su Dios benéfico,
De Inés, dice la *Sombra* y Dios bendice
Quien contrito pide por fin perdon!..
Inés salvó á D. Juan con afan tierno,
Y entregaron los dos su alma al Eterno.

(Es propiedad.)

